

## Homenaje a Cossío, con Estrasburgo al fondo

«Ha sido el primer mitin de la burguesía sevillana», me comentó alguien después del homenaje que el Colegio de Abogados de la capital andaluza ofreció (en forma de una cena en el Club Náutico) a don Alfonso de Cossío y del Corral. Como motivo inmediato del homenaje figuraba la labor desarrollada por don Alfonso en el decanato del Colegio hasta las últimas elecciones y su nombramiento reciente como consejero permanente de Investigaciones Científicas. Pero más reciente todavía, y estaba en la mente de todos, era la retirada del pasaporte cuando el catedrático de Derecho Civil dormía en su litera de tren en territorio español a su regreso de Estrasburgo, los posteriores acontecimientos sevillanos de este caso. «Si a don Alfonso de Cossío le quitan el pasaporte —se decía la gente que en Sevilla está en el ajo del cambio democrático—, ¿a quién se lo van a dejar?».

El homenaje era, pues, un desagravio en tiempo y forma, que por algo lo organizaban los abogados. Que tuvo sus más y sus menos en los preparativos, hasta el punto de que sólo fueron autorizados a hablar el propio Cossío (¿estaría bueno que también le quitaran el habla!) y el nuevo decano, don Francisco Capote Mancera, que ofreció el homenaje. Clima de claveles, ausencia de autoridades y fuerzas vivas y muertísimas, toda la joven abogacía y una respiración contenida cuando los asistentes veían que García Trevijano se sentaba en la mesa de la presidencia. Porque la cosa era de abogados; que si llegan a ir los clientes de don Alfonso en el TOP y los que lo tenemos como un símbolo de la libertad y la democracia en Andalucía, la cena tiene que servirse en vez de en el Club Náutico en el estadio Sánchez-Pizjuán...

Primero vinieron las adhesiones. Los primeros aplausos sonaron cuando fueron leídas las palabras que desde su enfermedad enviaba un viejo perseguido andaluz, don Manuel Fal Conde. Después fueron oyéndose los textos de Satrústegui, de Jaime Miralles, de Vidál Beneyto, de Ruiz-Giménez. Cuando se leyeron las palabras de solidaridad que Alejandro Rojas Marcos enviaba del destierro, comenzó en cierta forma la proclamación de la primavera.

Palabras muy medidas, muy en la línea de don Alfonso, del decano Capote Mancera para ofrecer el ho-

menaje. Y después, la sorna liberal del viejo profesor, que hizo continuar los aplausos: «Yo no soy político. Voy para los sesenta y cuatro años y no he tenido ningún cargo político. No he sido ni siquiera concejal...».

En lo que siguió de su discurso, don Alfonso de Cossío dijo lo que es y será políticamente para una concepción democrática de Andalucía: «En estos momentos en que tanto se gusta de calificar las actitudes de sociales o de democráticas, el verdadero sentido de la libertad, como conversar pacífico entre personas de distintas concepciones e ideas, parece el único posible, porque la libertad se encuentra por

encima de cualquier forma política o de cualquier tendencia ideológica concreta; una democracia puede degenerar en tiranía si los que la practican rechazan esa ley de la libertad. El mundo moderno está lleno de demócratas que no aman la libertad».

Aunque al principio he hablado de mitin, en cuanto al significado del homenaje en el contexto político de Andalucía, nada más alejado del verbalismo que el discurso de don Alfonso, ponderado, sereno, que no está el horno para bollos en Sevilla: «Todo lo que soy, todo lo que siento, nace de mi condición de abogado, de mi condición de defensor de la verdad, porque esta profesión se basa en la verdad, admite el diálogo y la crítica; nosotros nos decimos las cosas más duras y luego nos damos un abrazo y nos vamos a tomar juntos un café. ¡Qué gran lección esta para los españoles!».

El homenaje a don Alfonso de Cossío en Sevilla fue una lección de verdad y de libertad. Con Estrasburgo al fondo. ■ ANTONIO BURGOS.

### CANTABRICO

## La huelga de los pescadores de bajura

Desde el pasado 15 de marzo permanecen en paro las flotas pesqueras de Vizcaya y Guipúzcoa, a las que con posterioridad se ha unido la flota de Santander. El conflicto, que ha sido un compañero de viaje en los días calientes que precedieron a la celebración del «Aberri Aguna», día de la Patria Vasca, tuvo por detonante las importaciones de anchoa, sardina y túnidos llegados a España desde la vecina Francia, los países del Este de Europa y algunos del Norte de África. Estas importaciones bajaron los precios, singularmente los de la anchoa, cuya campaña se ha iniciado ya, hasta niveles que hacían inútil el ejercicio de la actividad pesquera local. Salir a la mar para perder dinero resulta un pésimo negocio. Así explotó el conflicto.

No se trata, quede claro, de una huelga típica promovida por los trabajadores para hacer frente al capital. El paro está, básicamente, protagonizado por los mismos patronos armadores, que no le ven rentabilidad a su pequeño negocio. Los marineros apoyan, eso sí, la acción. En este sentido, la huelga pesquera del Cantábrico es muy similar a la que tuvo lugar hace ya meses en todo el ámbito nacional, cuando el Gobierno decretó un sensible aumento del precio del gas-oil.

Los pescadores vascos y santanderinos exigen que se ponga fin a estas

importaciones. Argumentan que el pescado importado es muy inferior en calidad al que se captura en aguas del Cantábrico. El consumidor, por otra parte, apenas nota la diferencia de precios. Los intermediarios que comercializan la pesca se quedan con ese dinero, defraudando al ama de casa que cree comprar sardinas del Norte y le dan, en realidad, pescado argelino. Contra esos mismos intermediarios va dirigida la segunda exigencia de los pescadores: que el Gobierno garantice precios-testigo para la venta en Lonja de las diferentes especies capturadas. Este es el conflicto sempiterno de la pesca artesanal (fijese el lector en el paralelismo existente entre los conflictos protagonizados por los propietarios de pequeñas barquitas dedicadas a la pesca de bajura y las sucesivas «guerras» que llevan a cabo los que eufemísticamente la Administración llama «pequeños empresarios agrícolas»). Hace escasamente un mes, los pescadores de Palamós (Gerona) se encontraron con un agotador día de trabajo, en el que las capturas fueron excepcionalmente abundantes. Llegados a la Lonja, los autorizados intermediarios ofrecieron sesenta céntimos por kilo de sardina, la misma sardina que luego se vende en el mercado a 60 pesetas. Lo que pasó en Palamós es rigurosamente generalizable para todo el litoral español. Cuando hay

poca pesca, los precios son aceptables, pero el total no compensa el trabajo realizado. Si la pesca es buena, los precios bajan en picado, y estamos en las mismas.

La actual huelga del Norte no es, pues, algo nuevo. La pesca artesanal, ejercida por barcas de pequeño tonelaje, cuya propiedad está muy atomizada entre familias de tradición marinera, es una actividad que camina, si esto no cambia, hacia su desaparición. En este camino, de tanto en tanto asistimos a alguna explosión conflictiva, motivada por la defensa de un sector que se resiste a su estrangulamiento. A lo largo de las costas españolas, y especialmente en el País Vasco y en Cataluña, las barcas pesqueras se venden o se desguazan a pares. Los marineros se trasvasan, en un lento proceso no por silencioso menos dramático, a la industria, a la hostelería, a la pesca de altura o a la mercante.

En un principio, las autoridades respondieron a los pescadores en huelga que las importaciones estaban concertadas desde hacía tiempo y que no podían, por tanto, suspenderlas. Siguió el paro. Todas las Cofradías de la zona han hecho suyo el motivo del conflicto. Incluso, según parece, algunos conserveros apoyan la acción. En ningún momento, según mis noticias, la policía ha intervenido para nada. Ciertamente, todo ha transcurrido por los cauces legalizados. Una comisión representativa de los diferentes puertos en huelga se presentó en Madrid el pasado día 2 para exponer sus reivindicaciones a las autoridades correspondientes. Fueron inmediatamente recibidos, al día siguiente, por el ministro de Comercio, el subsecretario de la Marina Mercante y el director general de Pesca. No deja de ser sorprendente tan buen recibimiento, cuando tantas y tantas comisiones desplazadas a la capital han de contentarse con exponer las quejas a los conserjes de los respectivos ministerios. El viernes día 4 tuvo lugar una entrevista con el subsecretario de la Marina Mercante, almirante Amador Franco. Los resultados de toda esta actividad parecen halagüeños. Se van a limitar las importaciones —en estos momentos ya están suspendidas todas las licencias de importación—, aumentando las tasas de importaciones y hasta es posible que se fijen unos precios de garantía para la venta de las capturas. También se ha hablado, dentro de esta magnanimidad oficial, en subvenciones para los pescadores, tal como ya se hiciera para resolver el conflicto del gas-oil.

Todo ello, como me decían algunos de los afectados, no es más que un nuevo parche en el camino. ■ JUAN ZAMORA TERRES.